

EL DEFENSOR DEL OBRERO

Pan con besos

EN LA ESCUELA

El livido amanecer de un día de invierno, cuando cae la nieve mansa y tenazmente sopla viento de borrasca, con turbonadas de lluvia fría, siempre entristece y empereza a los que tienen que salir a la calle para trabajar. Solamente ponen «buena cara al mal tiempo» los que, bien abrigados y con alimento reparador, se lanzan al campo para efectuar higiénicos deportes.

Protestan, sin embargo, de las deficiencias de la limpieza urbana cuando se ven privados de utilizar coches o automóviles, y hundiendo sus chanclos en el fango, sienten cómo la humedad empapa impermeables y gabanes.

Mal abrigados, con viejas ropas adaptadas a los pequeños cuerpos por la economía maternal, sin medias muchos, con pésimo calzado todos, dirigen a la escuela centenares de niños obrerillos de la cultura patria, en busca del «mado, pomposamente, por los graves pedagogos, «alimento espiritual».

Maestras compasivas, que son madres o tienen corazón materno por lo menos, los reciben con cierta «ongaja», pues contemplan sus manecillas amoratadas por el frío, sus rostros pálidos, de orienturas tristes: seres débiles que temiesen el mal trato en un ambiente hostil. Al salir de la casa no había lumbre encendida (el carbón es caro y hay que economizar), comió un pedazo de pan, como bebió un «chupito» de aguardiente del que el padre gasta para «matar el gusanillo», por no consumir el hambre de la tartera, o bien la madre le dió unos «céntimos» para que se comprase «un «borro caliente» «omino de la escuela».

Algunos «pobrecillos» ni eso tienen, y aquellas buenas maestras lo adivinan. El manso escolar no «pide» cual el libro granujilla que es astuto como perro callejero o gato familiar y sabe «buscárselas», como el diablo. El chico va a la escuela y debajo del chaquetón llevó los libros para no estropearlos. Ya pasó el «Gatón», está en «Deberes», y la «gestión» de la letra impresa, en

la cual va picoteando penosamente palabras y palabras, le sugirió la idea de que es un hombrecito, y acaso si le preguntaran si desayunó, suela contestar con cierto orgullo a la maestra: «¡Sí señora!»

No conocemos, ni apreciamos una vez conocido, el sentimiento de la dignidad infantil. Pensamos casi siempre mal del niño, y, cuando es pobre, no tenemos casi nunca la delicadeza de socorrerle con ternura. Michelet cuenta en sus Memorias que fué muchas veces en ayunas a la escuela. Sus padres eran muy pobres. La abuela le daba alguna monedilla para comprar pan; pero él adquiría una de esas tortas francesas hechas con miel y confecionadas en moldes diversos, que representaban una figura humana o un animal; un juguete alimenticio, valga la frase en gracia a su exactitud; y cuando sus compañeros daban vigorosas dentelladas al pan tierno untado de manteca y a la sabrosa lonja de fiambre, él simulaba haber comido, y, a pellizcos, trasegaba del bolsillo a la boca la azucarada golosina. Si le sorprendían en la faena, exclamaba digno y desdinoso:—«Es mi poestre», y hasta la compartía con el más amigo.

Algunas veces, asistiendo a los repartos de alimentos a los niños y niñas de las escuelas, organizados por las bondadosas señoras que patrocinan las llamadas «Cantinas Escolares», he visto alguna orientura, la más pobre quizá, que permanecía ocibida ante el humeante tazón de café con leche y el apetitoso bollo; espléndido desayuno, que acaso recordaba a la sinventura el lujo del café en un día de fiesta con sus padres.

Baja la cabeza, quieta la mirada, no come como sus compañeras. «No tendrá hambre»—me decía una señora; y no era eso. Lo averigüé sin esfuerzo. Pensaba en su hermanita, «la de casa», que no cataría cosa tan rica, y al decirle que se llevaría otro bollo para ella, comió contenta y me devolvió sonoro, con sus frescos labios, el beso caritativo que depositó en su frente.

Señoras piadosas, hombres de corazón, seres poderosos, que en estos días de hambre podéis pre-

servaros del dolor, de la enfermedad y de la muerte, cooperad a la obra redentora iniciada por maestras meritísimas que han establecido «desayunos y comidas» en la escuela.

Aquellos tiernos seres necesitan instrucción protectora que los convierta en hombres útiles; pero sus cuerpos desfallecen. Sin alimento es imposible que la máquina humana funcione; dadles pan y abrigo, evitándoles el frío y el hambre; no economicéis céntimos para el bien necesario, mientras malgastáis pesetas para lo superfluo inútil, que siempre es malo.

No humilléis al niño que tiene un alma divina y un corazón sensible, y, para educarle, además de instruirle, repartid el «pan con besos», pues la afectuosa ternura es a manera de miel que recubre el preciso sustento. No olvidéis que el azúcar, alimento de ahorro que tanto apetecen los niños, y el dulce amor con que sueñan los hombres, son elementos de energía indispensables para soportar con gallarda virilidad las heladas ventiscas de la lucha por la existencia.

MANUEL DE TOLOSA LATOUR

¡Ya Escampa!

Hace tiempo, los sociólogos y escritores moralistas, en los libros y revistas que circulan por doquier, se mostraban asombrados, lamentando seriamente el desarrollo creciente del lujo de la mujer.

Recordaban las costosas galas de las más lujosas damas del segundo imperio, y su prodigalidad, comparada a lo que ahora gasta en lujo una señora, ¡demostraba que el dispendio no llegaba a la mitad!

Es una lucha empeñada, un certamen verdadero, y hay que tirar el dinero para no quedarse atrás. La elegancia está en el coste, y se prefiere por ello, no la mejor o más bella, sino la que cuesta más.

Los escritores citados no hallaban remedio humano para este delirio insano que sufre la gente actual, y, mirando a lo futuro, sólo encontraban posible que algún cataclismo horrible viniera a cortar el mal.

También yo cuando leía esta triste profecía, opinaba como todos; pero mi opinión cambió, y no creo en aquel medio de conseguir el remedio; que el cataclismo ha venido, pero el lujo no amainó.

Cuando una guerra terrible consume tantos millones, esquilmando a las naciones con su gasto colosal; cuando la escasez achica y oprime la vida toda, los heraldos de la moda entonan marcha triunfal.

Tisúes, pieles, encajes adornan los ricos trajes con bordados de oro y plata en costosa profusión, y para que el lujo impere desde el sombrero al calzado, ¡va con piedras incrustado el metálico tacón!

¿Es posible que en los días en que las economías llegan al límite y tasa de lo que se ha de comer, y junto al luto y al duelo de tanto ser sin consuelo, brille con fastuoso escándalo el lujo de la mujer?

Está visto que hay personas para quienes estos males que afligen a los mortales no consiguen amenguar el interés que despierta un modisto esclarecido con la forma de un vestido acabada de inventar.

Se habla de un genio inventivo que un nuevo traje ha creado, viene en Londres unos días que jugaban al póker. Le mujer, con este adorno, nos presentará el contorno de un pan que está hallado.

¡Preciosa combinación!

Contendrán los que sufren sonrisarse los que lloran; asimismo los que ignoran cómo podrán subsistir. No todos han de ser tristes ni tristes en el mundo. ¡Ya inventó un genio famoso una prenda de vestir!

—¡Bah!—dirá, indignado, una peona viviente, vestida por el modelo de la fútilmente inventada. El mundo de muchos vestidos. ¡Dejad que rueda la bola! Yo me mantengo y bello en figuras de pedo.

CARLOS LUIS DE CORTÉS